

EL LIBERALISMO FALAZ: EL PARTIDO CIVIL EN EL SIGLO XIX.

Carlos Contreras Carranza

Reseña de:

Ulrich Mücke, *Política y burguesía en el Perú. El Partido Civil antes de la Guerra con Chile*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos e Instituto Francés de Estudios Andinos, 2010; cuadros, bibliografía, 362 pp.

Este libro se inscribe dentro de la corriente de la «nueva historia política» sobre América Latina, pero de aquella enfilada no tanto al estudio de los discursos y conceptos, como al de las prácticas políticas y al estudio de las acciones (más que de los pensamientos) de sus protagonistas. Está basado en una tesis doctoral presentada en la Universidad de Hamburgo acerca del partido Civil, una organización política que entre 1872 y 1919 tuvo una participación destacada en el gobierno del Perú, al punto de haber ocupado el sillón presidencial y haber dominado el poder legislativo durante aproximadamente la mitad de dicho lapso. El partido desapareció de la escena política tras la gran depresión de los años treinta y suele ser incluido dentro de los partidos latinoamericanos típicos de su época: adornados de ideas liberales pero conducidos por oligarquías excluyentes que terminaron estropeando la promesa transformadora que el liberalismo del siglo diecinueve traía consigo.

El historiador alemán Ulrich Mücke estudia la primera etapa del partido Civil peruano, entre 1871-1879, que en la historiografía ha sido básicamente

asociada a la vida de su fundador, Manuel Pardo Lavalle, primer presidente civil peruano (1872-1876), asesinado en 1878, cuando ejercía la presidencia del Senado. Se trata de un tema que, como todo el liberalismo latinoamericano, ha despertado pasiones y emociones más allá de las académicas. En el propio título del libro resuena el del libro de Heraclio Bonilla, *Guano y burguesía en el Perú* (1974), en el que el partido Civil fuera retratado como la organización que representó los intereses de la plutocracia enriquecida con el negocio del guano y que fracasara en su metamorfosis de oligarquía colonial a burguesía capitalista, si es que, al margen de algunas declaraciones para la platea, se lo hubiera siquiera propuesto.

Mücke coincide en que los fundadores del partido Civil en 1871 representaron a la burguesía comercial y financiera conformada en Lima alrededor del negocio del guano, la que a su vez mantuvo un carácter aristocrático o tradicional. No era una clase media emergente que rompiera con una aristocracia feudal, ni se enfrentaba a una clase trabajadora industrial, como en las revoluciones europeas. Eran los descendientes de los funcionarios coloniales; hombres blancos y adinerados, en un país de indios con economías de escaso pasar.

Coincidiendo con Bonilla y otros estudiosos anteriores del civilismo, Mücke considera al partido Civil como una organización formada para alcanzar el poder y defender los intereses de su grupo, antes que para emprender una reforma transformadora del país, como han destacado otros historiadores más recientes, como Carmen McEvoy. Basado en el estudio de las numerosas cartas de Manuel Pardo, así como en la prensa de la época y las actas del poder legislativo del decenio de 1870, la monografía de Mücke no propone tanto ideas nuevas, como sí fundamenta documentalmente las intuiciones de la historiografía anterior.

Como suele ocurrir con las tesis doctorales, sus aportes empíricos son su lado fuerte. La reconstrucción de las elecciones presidenciales de 1872 y de cómo discurrían en general las elecciones en un país latinoamericano tiene un gran valor historiográfico, así como también su reseña acerca del funcionamiento del Congreso, un poder del Estado que injustificadamente ha sido el pariente pobre de la historia política reciente, como acertadamente destaca el autor. Otro de sus aportes es la manera como funcionaba el Estado en eso que en el continente se llama «el interior»: las provincias más allá de la capital y de algunas pocas grandes ciudades. Aunque el aparato del Estado estaba en general poco presente (no había escuelas, carreteras,

ni servicios médicos y los policías servían más para controlar a los opositores que para resguardar el orden), los puestos públicos eran fundamentales para dirimir las rivalidades entre las facciones locales y neutralizar a los enemigos políticos.

La conclusión del libro planta cara a la historiografía que en los últimos años había sugerido que, después del marasmo de la posindependencia, la ideología del republicanismo había empujado proyectos nacionales de transformación del legado colonial, procurando la integración territorial y social del país, a través de medios como la descentralización, los ferrocarriles, la telegrafía y la educación. El civilismo en el Perú no trajo un liberalismo progresista ni emprendió reformas como en otros países latinoamericanos fueron la desamortización agraria, la reducción de la esfera eclesiástica, la expansión de la escuela y del comercio. Manuel Pardo tampoco fue el visionario de los ferrocarriles ni el apóstol de la república; era un comerciante del guano que aumentó su fortuna mercadeando inmigrantes chinos para las haciendas de la costa, con algo más de ilustración que sus colegas. Una vez en el gobierno no rompió con el estilo de reparto de puestos públicos y prebendas que caracterizaba al país desde siglos atrás.

Se trata de una saludable reacción frente a los excesos en que incurrió la historiografía reciente, pero que también peca de su propio sesgo. Por ejemplo: la obra de Pardo en materia fiscal, al introducir la contribución del jornal, primero, y la de escuelas después, a fin de romper con el patrimonialismo fiscal que su generación criticó, es cierto que fracasó, pero no cabe duda de que fue intentada, hasta que las toneladas de salitre sepultaron todo esfuerzo. La descentralización administrativa sobre la base de los concejos municipales, a los que se transfirieron impuestos y la prestación de servicios como la educación, tampoco merece ser escamoteada como una reforma sin trascendencia; y lo mismo diríamos del proyecto ferroviario, que debía resolver el grave problema de la incomunicación del país.

Fueron reformas fallidas porque algunas empezaron tarde, otras carecieron del apoyo de sectores claves y otras más estuvieron mal diseñadas por carecerse de información adecuada, pero una reforma fallida no es igual a la ausencia de reformas o del ánimo de emprenderlas, como en este libro parece plantearlo el autor.